

EL FOMENTO LITERARIO.

REVISTA SEMANAL.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. Librería de La Publicidad, pasaje de Matheu.—De Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.—De Duran, Carrera de S. Gerónimo.—De Cuesta, calle de Carretas.—Calle de Jacometrezo, 49, librería.—En la Administración, Jacometrezo, 72, tercero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, un mes... 3 rs.
En provincias, id... 4 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.—Por carta á la Administración, Jacometrezo, 72, tercero pagando en sellos de franqueo, siempre adelantado.

Se publica los dias 4, 11, 18 y 25.

SUMARIO.

El racionalismo, por D. J. de Arce Bodega.—*El elefante*, por D. S. Rodriguez Sanmillan.—*Una noche fatal*, por D. Eduardo Ortiz y Casado.—*A Flora*, por D. G. Conder.—*A la Srta. Doña M. C. y T.*, por D. E. Ortiz y Casado.—*Elegía*, por D. P. Muñoz y Peña.—*A Dios*, por D. R. Muñoz Obeso.—*A mi querido padre*, por D. J. de Arce Bodega.—*Ovillejo*, por D. P. P. Valdivia.—*Cuadros y costumbres*, por D. J. de Arce Bodega.—*Revista de teatros*, por D. E. Ortiz y Casado.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS.

EL RACIONALISMO.

¡La razón!... Tanto se encumbra,
Tan locamente camina,
Que ya no es luz que ilumina
Sino hoguera que deslumbra.
Al horror nos acostumbra,
Siembra de ruinas el suelo,
Y en su inextinguible anhelo,
Álzase hasta Dios, atea
Con la sacrilega idea
De derribarle del cielo.

(NÚÑEZ DE ARCE.)

La razón es el don mas grande que posee el hombre, don que le distingue de los brutos, es el don que le sublima y le hace superior á cuantos seres pueblan con él el globo terráqueo. Pero la razón, segun dice muy bien el Abate Bergier, «no es la facultad de describir la verdad por nosotros mismos y sin ningun auxilio extraño,» sino que es la facultad de relacionar entre sí las diversas ideas que existen en nuestra mente, ó mas

claro, segun el mismo Bergier, «la facultad de ser instruido y de sentir la verdad cuando se nos propone.»

Cuando el hombre salió de manos del Criador, salió perfecto y adornado con la gracia santificante y justicia original. Este estado de justicia original comprendia los dones de integridad új omnímada sujecion de la concupiscencia á la razón, ó del cuerpo al espíritu, de inmortalidad y de ciencia, pues gozaban de Dios, que es verdad y vida. Pero el hombre se rebeló contra su Dios traspasando el precepto que le habia impuesto y perdió la justicia original y por consiguiente los tres citados dones que en ella estaban comprendidos, y en castigo de su rebelion contra Dios, su carne se rebeló contra su espíritu y quedó sujeto á la ignorancia, al error, á las calamidades y á la muerte. El hombre se olvidó de la verdad y Dios para sacarle del abismo de errores en que se sumergió, le dió la revelacion, brillante antorcha que disipa los groseros errores en que se abisma el hombre abandonado á su razón, que tan débil quedó despues del pecado.

Débil la razón, ha creído no necesitar de los auxilios de la revelacion para comprender todas las verdades, y se ha erigido en único criterio para juzgar de las verdades que se nos proponen, no comprendiendo que la razón del hombre es muy limitada y que hay muchas cosas que á la razón no le es posible

comprender. Este abuso de la razon, es lo que nosotros llamamos *racionalismo*.

La razon ha rechazado y rechaza toda revelacion, toda fè. Y ¿esto es porque lo que nos dice la razon es la verdad y lo que nos dice la fè es el error? No, de ninguna manera: la fè nos dice la verdad; pero la razon es muy limitada. Que la razon tiene sus límites, nos lo comprueba la esperiencia: ¿tiene la misma razon un labriego ó un pastor que un hombre que ha pasado su vida sobre los libros? Seguramente que no, lo cual prueba lo que antes hemos dicho, que la razon es la facultad de ser instruido.

Para convencerse de que la razon no basta al hombre para conocer todas las verdades, no tenemos que hacer más que observarnos á nosotros mismos. Esta cuestion pertenece al terreno de los hechos. ¿Comprendemos nosotros las causas primeras de las cosas?..... Nuestra razon nos dice que tiene que existir necesariamente un Ser que no tiene principio, que por tanto tiene que ser increado, que por consiguiente no puede tener fin, y que no puede suceder otra cosa; y sin embargo, ¿comprende nuestra razon cómo puede verificarse esto, de que ella está plenamente persuadida? No lo comprende, ni lo puede comprender, porque como ella es finita, es creada, no puede concebir como puede existir un Ser infinito é increado. Vemos, pues, que el hombre no puede comprender todas las verdades por la razon, y por tanto que es necesaria al hombre la revelacion.

Que la razon no es suficiente para comprender todas las verdades es una verdad innegable. Sócrates, hablando de la inmortalidad del alma, decia: «Es muy difícil, sino imposible, tener en esta vida un conocimiento claro de estas cosas. El hombre sábio debe atenerse á lo que le parezca mas probable hasta que la palabra del mismo Dios le sirva de guia.» Ciceron en sus *Tusculanas*, Plutarco en el *Tratado de Isis y Osiris*, Simplicio en el *Manual de Epicteto*, Marco Aurelio en sus *Besflexiones morales*, y todos los filósofos de la antigüedad, afirman la necesidad de la revelacion y por consiguiente, indirectamen-

te prueban la insuficiencia de la razon para comprender cierta clase de verdades.

La razon como un don escelente, es origen de grandes errores si se abusa de ella, porque el abuso de una cosa es tanto mas perjudicial cuanto mejor es la cosa en si. Así del abuso de la razon han resultado multitud de sistemas falsos como el panteismo, el espiritismo, y el materialismo.

JOAQUIN DE ARCE BODEGA.

ESTUDIOS NATURALES.

EL ELEFANTE.

El elefante, perteneciente al orden de los paquidermos, es, esceptuando al hombre, el ser mas notable de este mundo, pues en magnitud es el rey de todos los animales, y en inteligencia se aproxima tanto al hombre, cuanto la materia se puede aproximar al espíritu. El elefante, el perro, el castor y el mono, son entre todos los seres los mas admirados por su instinto; pero en cada una de estas especies se manifiesta de un modo distinto.

El perro, en plena libertad, es tan sanguinario y cruel como el lobo; todas las buenas cualidades que se admiran en él, las debe á la aficion que demuestra hacia el hombre y al trabajo de este.

El mono, por el contrario, es tan indócil como estragante; carece de sensibilidad relativa, no tiene agradecimiento al buen trato, ni memoria á los beneficios; todo su mayor placer es huir del hombre y hacerle el mayor daño posible. Pero estos defectos reales, están compensados con perfecciones aparentes: tiene brazos, piés y dedos, como el hombre, y el uso de estas partes, le hace superior en destreza á los demás animales; todos sus movimientos y acciones, nos agradan y engañan, haciéndonos que atribuyamos á cualidades internas, lo que solamente depende de la configuracion de sus miembros.

El castor, que á primera vista parece inferior al perro y al mono, es sin embargo superior por el don equivalente de la palabra con que la naturaleza le ha dotado; por él se hace entender de los de su especie, de manera que se unen en sociedad, ya sea para defenderse, ó bien para construir sus habitaciones que son dignas de admirar.

De lo dicho resulta: que el perro solo tiene un ingenio de prestado; el mono una apariencia, y el castor un instinto para sí solo y los de su especie: el elefante es superior á los tres, y reúne todas sus buenas cualidades.

Los elefantes han sido mirados por los antiguos como un prodigio de la naturaleza: exajeraron mucho sus facultades animales, atribuyéndolas cualidades intelectuales y virtudes morales. Plinio, Eliano, Plutarco y otros autores modernos, dijeron que estos animales tenían contumbres racionales, la observancia de un culto, la adoración cotidiana del sol y de la luna, el uso de bañarse todos los días antes de la oración, el espíritu de la adivinación y la piedad hacia el cielo, y con sus semejantes, á quienes asisten en la muerte, y después de su fallecimiento los cubren de tierra y riegan con lágrimas. Los indios con la idea de la metempsychosis, dicen, que un cuerpo tan grande como el del elefante, no puede ser animado sino por el alma de un hombre grande ó de un rey. En la India los elefantes blancos son de la misma manera respetados que el rey.

El elefante en el estado salvaje, no es sanguinario ni feroz, y si alguna vez se le ve usar de sus colmillos y fuerza, es solamente con el objeto de defenderse á sí mismo ó en proteger á sus semejantes.

Se alimenta ordinariamente de yerbas, raíces ó ramas tiernas: también come frutas ó semillas; pero rehusa la carne y pescado.

Cuando alguno de ellos encuentra un paraje con pasto abundante, inmediatamente llama á sus compañeros y los convida á pacer con él. Cuando entran en un paraje cultivados, la marcha que siguen es digna de admirar; sirve de guía el mas anciano y fuerte, cierra la marcha el segundo en edad, y finalmente llevan en medio los jóvenes y débiles.

Cuando las hembras entran en el celo, la gran inclinación que tiene el elefante á la sociedad cede á otro apetito mas vivo. La tropa se separa por parejas á los sitios mas desiertos y espesos de los montes.

Nunca se les ha visto tomarse, y temen sobre todo, ser vistos de sus semejantes, siendo esta la causa de que nunca se haya reproducido en estado doméstico. El tiempo de la preñez de la hembra es regularmente dos años y no pare mas que un hijo, el cual cuando nace, es mayor que un jabalí.

El medio que se emplea para coger á los elefantes es diferente en casi todos los países.

En la India en medio de una selva y cerca del lugar que frecuentan, eligen un sitio, el cual rodean de una fuerte empalizada, sirviendo de estacas principales, los árboles mas fuertes.

La empalizada está dispuesta de modo que contenga varios claros, por los cuales pueda pasar fácilmente un hombre, y además otro claro provisto de una trampa ó compuerta por donde debe entrar el elefante. Para traerle á este sitio, se necesita irle á buscar, provisto de una hembra en calor y mansa: cuando se cree está á distancia de ser oída, su conductor la obliga á dar el grito de amor, el macho responde al instante y camina á encontrarla: se obliga á marchar á la hembra, haciéndola repetir de cuando en cuando el reclamo: llega la primera al cercado á donde el macho que la sigue por el rastro, entra por la misma puerta. Luego que se ve encerrado, se le desvanece el ardor, y cuando ve á los cazadores se enfurece; para detenerle le ponen trabas á los piés y á la trompa; traen dos ó tres elefantes domesticados y conducidos por hombres diestros; procuran atarlos en el elefante salvaje, en fin, logran por tormentos y caricias, domarlos en pocos días.

El elefante, una vez domesticado y manso, se hace el mas obediente y manso de todos los animales, se aficiona al que le cuida, le acaricia y parece que adivina todo lo que le pueda agradar.

La especie del elefante es numerosa, aunque no produce mas que una vez y solo un hijo, en dos ó tres años. En el elefante la duración de la vida es próximamente dos siglos, engendrando hasta la edad de ciento veinte años.

La utilidad del elefante doméstico es grande, pues además de sus colmillos, da mas utilidad que cinco ó seis caballos.

Para dar una idea de la índole é inteligencia de este animal, insertaremos una de las notas que el señor marqués de Monmirail remitió á Mr. de Buffon, la cual está espresada en los siguientes términos: «Un elefante acababa de vengarse de su cornaca matándole: la viuda, testigo de este espectáculo, tomó sus dos hijos y los arrojó á los piés del animal aun furioso, diciéndole: pues has muerto á mi marido, quitame la vida y también á mis hijos.» El elefante se quedó suspenso: se amansó, y como si estuviese arrepentido del hecho, cogió con su trompa al mayor de los hijos,

le puso sobre su cuello, le adoptó por cornaca, y nunca quiso sufrir otro.

SIXTO RODRIGUEZ SANMILLAN.

UNA NOCHE FATAL.

EPISODIO

POR EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

Continuación.)

Mas ¡oh! los jóvenes hablan; callemos, oigamos sus dulces palabras que resuenan en el silencio del lago.

—Matilde, Matilde mía, dice el doncel, ¿por qué lloras? ¿Acaso no me amas ya!

—¡Que si no te amo! ¡Y tú me lo preguntas! Pues dí, ¿por quién he huido del sagrado convento donde estuve desde mi niñez? ¿Por quién he abandonado á mi padre, á mi pobre padre que tanto me ama? ¿Por quién todo? Por tí, solo por tí! Y tú, ¿aun me preguntas que si te amo! Y al acabar de decir estas frases, los brillantes ojos de la joven se llenan de lágrimas semeando dos hermosos luceros velados por una trasparente neblina. Y poco á poco se desprenden de ellos dos líquidas perlas que ruedan por sus puras mejillas.

—Mas tu padre, añade el mancebo, ¿no te sacrificó encerrándote en un convento desde tu tierna edad sin que fueran bastante tus ruegos á que te sacase del oscuro claustro donde hubieras perecido, ángel mio, si no hubiera sido por mí?

—Calla, Carlos, no insultes á mi padre, dice la bella novicia. ¡Si vieras cuánto me quiere! Y cuando le pedía que me sacase del convento lloraba y exclamaba abrazandome: ¡Pobre hija mía, sufre por tu padre! ¡Ah! y cuanto le amo yo tambien... pero no tanto en verdad, como á tí, mi Carlos.

Y los dos tiernos amantes se confunden en un estrecho y puro abrazo. Y cesa de soplar la brisa. Y la luna antes brillante, apenas se distingue á través de los numerosos y pesados nubarrones. Y sigue la góndola. Y el mudo barquero rema con ahinco.

—Dí, Carlos, vuelve á exclamar la joven, ¿está lejos de aquí tu castillo?

—No, Matilde, ya dentro de pocos instantes estaremos en él, allí al lado de mi buena no-

driza, pasaremos unos dias y despues partiremos para la noble España, patria de mis antepasados.

Y los jóvenes quedan silenciosos, pues que hablan solamente con la mirada, que es el lenguaje del corazon. Y todo se halla en calma.

Mas es una calma terrible cual la del tigre antes de lanzarse sobre su presa.

Súbito se escucha un sonido claro y distinto que avanza con rapidez. Y la niña temerosa exclama:

—¡Carlos! ¿no oyes? Nos persiguen, estamos perdidos.

—¡Oh! no tengas cuidado, ángel mio, exclama el joven. Y ocultándose á la mirada de su amante, saca una pistola de su lujoso cinto y la amantilla con silencio.

De pronto se ve avanzar por la superficie del lago otra góndola ligera cual un rayo. Y á su vista D. Carlos se prepara.

—Deteneos, grita un hombre, que embozado viene de pie en la otra góndola.

—Atrás, responde el mancebo, y al propio tiempo descarga su pistola sobre el incógnito. Y este al caer herido por el mortífero plomo, balbucea:

—Carlos... hijo... te perdono... Y la voz espira en su garganta.

Y D. Carlos, lívido cual un cadáver, manda volver al barquero. Y azorado, salta á la otra barca á la vista del herido que sostiene el marinero, exclama:

—¡Yo parricida! Y cae anonadado en los brazos de Matilde.

Y el lago antes en calma, principia á formar verdes y espumosas olas que se estrellan con estrépito. Y la apacible brisa se convierte en fuerte viento. Y el cielo antes puro se cubre de gruesas y negras nubes.

Y D. Carlos, merced á los esfuerzos de Matilde, vuelve en sí.

—¡Oh, Matilde mía! exclama con voz débil, por tu padre, á quien tanto amas, ayúdame á socorrer al mio...

Y ambos amantes se acercan al frio cadáver del anciano.

Y un postrer rayo de luna, el mas brillante quizá por ser el último, alumbra el grupo.

Y á su vista retrocede Matilde horrorizada.

—Mi padre, dice.

—¡Maldicion! grita D. Carlos.

Y silva el huracan. Y las gigantes olas, se pre-

cipitan sobre las débiles barquillas, sepultándolas en los antros del lago. Y las negras nubes desprenden brillantes exhalaciones que atraviesan atmósfera.

Y todo es desolacion. Y todo luto...

Y á la mañana siguiente aparecieron en la playa de Lucerna cinco cadáveres, que eran el conde de B., su hijo, una monja novicia y dos gondoleros.

(Se concluirá).

A FLORA.

Ya se ha ocultado el sol, hermosa mia,
Y rápidas las sombras adelantan,
Y nos roban al par que el bello día
Las delicias tan plácidas que encantan,
E inundan nuestro pecho de alegría;
Mas las frias tinieblas no me espantan,
Si encuentro en mi mirar los rayos rojos,
Que cual ardiente sol, vibran tus ojos.

Que es mi vida tu amor, gacela hermosa,
Y si al mirar tus ojos le declaran,
Aunque sea en la noche tenebrosa
Mi horizonte de amor ellos me aclaran,
Que no gozara en mi pasion dichosa,
Si tus ojos, mi bien, no me miraran;
Y no es extraño así, que solo viva
Cuando un rayo de luz de ti perciba.

Si de la suerte sufro los rigores,
Y sin verte ¡infeliz! la vida paso,
Y no puedo decirte mis amores
Y esta inmensa pasion en que me abraso,
Yo te contemplo cuando sus fulgores
Lanza pálido el sol en el ocaso.
Y se figura ver mi mente loca
Tus ojos negros, tu purpúrea boca.

Late mi corazon, si el ruido siento
De la brisa moviendo la espesura,
Y me parece oír, que manso el viento
Dulces palabras de pasion murmura.
Y oigo tu suave, melodioso acento
Que viene á consolar mi desventura:
Y me dice confuso: yo te adoro.
Lejos de ti, mi soledad deploro.

¡Ah! si: tambien oirás, allá en tu mente
Una voz que secreta y misteriosa
Así dirá confusa y blandamente:
Yo te adoro, mi bien, tú eres, hermosa,
Objeto de mi amor puro y vehementemente.
Niña galana, cual la tierna rosa;
Cuando escuches de noche aqueese acento,
Esa es mi voz que te la lleva el viento.

Pues lo mismo al tender su negro manto
Noche callada, silenciosa y fria,
Que al derramar colores, luz y encanto
La dulce aurora que despierta el día,
Como te adoro, hermosa. tanto y tanto,
En mi loca y ardiente fantasía
Yo contemplo tu imagen seductora,
Y mas y mas mi corazon te adora.

GERARDO COUDER.

A MI QUERIDA AMIGA

DOÑA M. C. Y T.

DESPUES DEL DIA DE SU SANTO.

Pues pasó Santa Matilde
Escribirte ó no dudaba,
Pero mi duda se acaba
Y no temo se me tilde,
Pues no hay santo sin octava.

Así, pues, querida amiga,
Creo seré perdonado,
Pero me encuentro apurado,
Pues no sé yo qué te diga
Después de haber empezado.

Situacion comprometida
Es esta, pese á mi vida...
Que eres amable y hermosa
Es ya, Matilde, una cosa
Que me callo por sabida.

Sabido es que eres discreta,
Y que aunque no eres coqueta
No tendrás un solo amante,
Pues que cual mujer, veleta,
Nunca podrás ser constante.

En fin, ¿para qué cansar
Con tanto y con tanto hablar

Y en limpio nada decir?
Ya voy, para concluir,
Mi pensamiento á expresar.

Matilde, mi sola idea,
Es la de felicitarte
Y mi deseo espresarte
Que dentro un siglo te vea
Y los días pueda darte.

EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

ELEGIA.

¡Tan jóven y ya la tumba fria
Cobija tus despojos!
Tan jóven ¡ay de mí! y la luz del día
Jamás verán tus ojos!

¡Qué se hicieron las horas de contento
Que tanto me halagaron?
Cual seca arista que arrebató el viento
Fugaces ¡ay! pasaron.

¡Qué se hicieron, mi bien, aquellas horas
Que con arrullo blando
Oía tus palabras seductoras
Pureza rebotando?

Todo ha pasado ya; ¡triste es mi suerte!
Solo y desamparado,
En tan cruda aflicción, llamo á la muerte
Que así estaré á tu lado.

Así mi alma de contento llena
Podrá entonces mirarte,
Y libre del que ahora la encadena
Por siempre podrá amarte.

Libre el alma del cuerpo, cárcel dura,
Que aquí la tiene presa,
Al ardiente fulgor de tu hermosura
Se tornará en pavesa.

Mas... no quiero morir. ¿Quién en tal trance,
Sola en el mundo echada,
Será el que del ciprés un ramo alcance
Para tu tumba helada?

¿Quién verterá una lágrima espresiva
Sobre tus frias cenizas?
¿Quién colgará la tierna siempreviva
Que el viento ha de hacer trizas?

Angel del cielo, virgen amorosa
Sin deudos ni parientes,
Llorando en soledad angustiosa
Fueron sus ojos fuente.

Ni una madre á quien decir sus cuitas!
Ni una amiga siquiera!
Que gratas ilusiones no marchitas
Contar ¡ay Dios! pudiera.

Amor el tierno corazón guardaba,
Amor puro sentía,
Y el jóven corazón otro buscaba
Y alegre sonreía.

Y encontróse á su paso en el camino
De esta angustiosa vida
Con otro corazón que amor divino
A la virgen convida.

Amáronse los dos, y en lazo estrecho
Felices se gozaron;
Y el santo amor del uno y otro pecho
Eterno se juraron.

Mas poco dura la apacible calma
De la virgen hermosa,
Y al cielo remontando pura el alma
Allí vive gozosa.

Yo en este valle de miserias lleno
Paso mis días llorando,
Y henchido el pecho de mortal veneno
Por tí vivo penando.

No era digno de tí, ¡eras tan pura,
Tan cándida y hermosa!
Que la parca mirando mi ventura
Te arrebató, celosa.

Goce en su hazaña! sí, gócese en ella,
Mientras que yo apenado
Corro del mundo la espinosa huella
Y lejos de tu lado.

Yo colgaré en tu losa funeraria
Corona floreciente;

Yo entonaré al Escelso una plegaria
En oracion ferviente.

Yo mostraré gozoso al ciego mundo,
Tu virtud y pureza;

Yo con gemidos de dolor profundo
Cantaré tu belleza.

Yo guardaré por siempre en la alma mia
Tu nombre bendecido:

Tuyo será en mi hora de agonía
Mi último gemido.

Y seré muy feliz si desde el cielo
Diriges condolida

Una mirada de filial consuelo
A este alma dolorida.

PEDRO MUÑOZ Y PEÑA.

A DIOS.

Cuando el sol en Oriente

Ostenta puro sus vistosos rayos,

A tí, mi Dios, la frente

Inclino, y triste el corazón te adora

Y humillado repara

Los gratos y magníficos favores

Que repartes sin tasa

Al que afligido tu bondad implora.

Del sol en el ocaso

Contemplo los purpúreos colores.

Y entonces, Dios eterno,

Prosternado bendigo los amores

De aquel padre tan tierno

Que por crueles verdugos aquejado,

Triunfante del Averno,

Las puertas nos abrió del gozo eterno.

Mas ¡ay! si del potente

Y horrisono Aquilon la voz escucho

O el lúgubre gemido

Del náufrago infeliz, que de horror lleno,

La muerte aguarda, que veloz le anuncia

El hórrido bramar del ronco trueno

Entona el alma de pavor transida,

Engrandece tu escelso poderío,

Y cae de hinojos ante tí rendida,

Cual flor que agosta el huracan impío.

De amor el alma henchida

Deja la senda del dolor cruento,

Y no hallando en la tierra

Dicha que calme su feroz tormento,

Sus alas á tí tiende:

Recíbela, Señor, que con premura

Por siempre gozar quiere tu hermosura.

RAMON MUÑOZ OBESO.

A MI QUERIDO PADRE.

EN LA VÍSPERA DE SU SANTO.

Que mañana es tu santo, padre amado,

Me lo dice gozoso el corazón

Porque tu nombre en él está grabado

Con caracteres que indelebles son.

¡Un año menos ya de nuestra vida!

Mas no debe importarte que á los buenos

Año menos de vida tan mentida

Es mas bien año mas que no año menos.

Gozo y ventura te conceda el Cielo

En la misera vida terrenal,

Y al terminar tu vida en este suelo

La corona y la palma celestial,

Y no olvides jamás, padre adorado,

Que te quiere mi amante corazón

Y que tu nombre en él está grabado

Con caracteres que indelebles son.

Marzo 18 de 1864.

JOAQUIN DE ARCE BODEGA.

OVILLEJO.

Despiden mil rayos rojos,

tus ojos.

Solo anhelo tu sonrisa,

Luisa.

Tus desdenes me maltratan,

me matan.

Y si de mirarme tratan,

dímelo y huiré de tí;

pues cuando miras así,

tus ojos, Luisa, me matan.

PEDRO PABLO VALDIVIA.

CUADROS Y COSTUMBRES

DE LA

M. N. Y H. VILLA DEL OSO Y DEL MADROÑO

PINTADOS

POR JOAQUIN DE ARCE BODEGA.



II.

LA FIESTA DE S. ANTONIO ABAD

El diez y siete de enero
Es un magnífico día,
Pero se entiende, lectores,
En esta heroica villa;
Pues es San Antonio Abad,
Patron de caballerías,
Y yo creo que tambien
De algunos que van encima.
Hay ese día en Madrid
Animacion y alegría:
Las mulas van adornadas
Con lazos de bellas cintas,
Y con bonitos collares
De sonoras campanillas.
En la calle de Hortaleza
Hay una iglesia magnífica,
Y los dueños de las mulas
Llevan allí á bendecirla
Una porcion de cebada
Porque dé á las mulas vida.
Otros llevan sus caballos
Por lucir su gallardía,
Y en fin, la citada calle
Se encuentra muy concurrida
Por toda clase de gentes
Políticas é impolíticas.
Hay puestos de panecillos
Que no faltan quienes digan
Que son hechos de mendrugos
Comprados en traperías.
Hay vendedores de santos,
De barro hay cosas muy lindas,
Y por conclusion, lectores,
Una gran algarabía.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

VARIEDADES.

Disponiendo de corto espacio y no teniendo de que tratar en la revista próxima á causa de ser Semana Santa y hallarse cerrados los teatros, dejaremos las obras *¡Salir sola!* y *El Hombre moneda* para juzgarlas en aquella con el fin de no privar á nuestros suscritores de esta seccion. Por lo tanto, solo trataremos hoy de la come-

dia en tres actos de D. Enrique Gaspar, titulada *Escenas intimas*, estrenada en Variedades.

Esta produccion habia sido ya representada en Valencia con el titulo de *La escala del matrimonio*. Está escrita con gracia y versificada con facilidad. Lástima grande es que decaiga tanto en el tercer acto desde la difícil escena entre Inés y su marido. El Sr. Gaspar se propone retratar el matrimonio bajo todas sus fases, para lo cual nos presenta dos muy jóvenes esposos que se hallan aun en la luna de miel, como se dice vulgarmente, y que buscan la soledad para prodigarse sus caricias, admirándose de ver á una prima suya y á un coronel, tambien esposo, cada uno por su lado alegres y satisfechos.

En el segundo acto nos pinta el autor los males que traen esos matrimonios de jóvenes casi niños, para lo cual nos presenta al primer marido fastidiado de su mujer y entregado en cuerpo y alma á la politica y al desorden, es decir el segundo período de la vida de muchos casados, llegando á tal su cansancio que dá lugar á un rompimiento y se separa de su esposa y de su hija. Como contraste pone al coronel ya retirado hecho un *padrazo*, permítasenos la frase, jugando á los soldados con su hijo. Por fin, en el tercer acto, se ve al marido que despues de haber estado viajando, creyendo encontrar distracciones que le hiciesen olvidar su familia vuelve á su seno arrepentido de su conducta.

Con algunas mas circunstancias que no enumeramos, pues solo queremos dar una ligera idea de su argumento logra cautivar la atencion de los espectadores.

En el final del segundo acto se nota principalmente la inesperienza de su autor, mas sin embargo, demuestra en esta obra que escribió hace ya bastante tiempo, su mucha disposicion para el teatro.

La ejecucion es admirable por parte de Mario.

Nada mas decimos por hoy, y deseamos á nuestros lectores salud para cumplir religiosamente con lo que la Iglesia nos ordena en la semana próxima.

EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

ADVERTENCIA.

El número 12 de este periódico no se publicará el viernes 25, cual corresponde, á causa de la solemnidad del día, sino el domingo 27.

Editor responsable: D. FLORENTINO ESTEBAN RODRIGUEZ.

MADRID:—1864.

Imprenta de los Sres. Martínez y Bogo,
Manzana, 3, entresuelo.